

## POESÍA MARGINADA Y CALLEJERA EN EL BARROCO

MARÍA DE LA CRUZ GARCÍA DE ENTERRÍA

Universidad de Alcalá de Henares

### Sumario

La autora se interna en la difícil nebulosa de la literatura marginal. Realiza una brillante descripción de un tipo de poesía marginal: la incluida en la *Literatura de cordel*. Indagando tanto en la forma como en el contenido de ésta llega a señalar sus dos rasgos esenciales: poesía marginada, poesía callejera.

A pesar de que los poemas impresos en los pliegos sueltos constituyen un conjunto caótico y hasta demasiado rico, son una clara e interesante prueba de los gustos de los españoles de los siglos XVI y sobre todo XVII.

Mediante ilustrativos y divertidos ejemplos observamos la mezcla de géneros y subgéneros, de temas y variaciones según épocas que se dan en esta poesía. La profesora García de Enterría termina su extraordinaria exposición con esclarecedoras consideraciones sobre el carácter efímero y oral de la poesía de la *Literatura de cordel*.

### Summary

The author analyses the dark boundaries of marginal literature. She describes in a brilliant way a kind of marginal poetry: the one included in the *Literatura de cordel*. Searching either the form or in the content of the latter, she points out its two main features: a marginated poetry and a street poetry.

Although the printed poems in isolated sheets form a chaotic and even too rich conjunct, they are a clear and interesting proof of the Spaniards' taste in the 16th Century and mainly in the 17th .

By means of illustrative and amusing examples, we can observe the mixture of genres and subgenres, themes and variations depending on the periods in which this sort of poetry appears. García de Enterría finishes her extraordinary exposition with very clear considerations about the ephemeral and oral characteristics of the poetry of the *Literatura de cordel*.

En este título se está haciendo mención de una doble condición que reúne lo que, por otro nombre, se conoce como *literatura de cordel*. El *cordel* es, simplemente, el que se tendía entre dos cañas o palos que se fijaban en el suelo de la calle o la plaza y en el que se colgaban los pliegos

sueltos. Y estos pliegos no eran mas que unas pocas, poquísimas hojas impresas (dos, cuatro, seis, a veces un simple folio), en ocasiones ilustrados con algún grabado, con nombre de autor y pie de imprenta alguna vez, otras sin fechas y anónimos. Poca cosa más. El texto era, al menos en la intención, "poético" (por mucho que entrecomillemos), o, si se quiere mayor precisión, versificado. (De nuevo entre paréntesis: en forma de pliego suelto -nombre que en principio solo está relacionado con el ámbito de la imprenta- también aparecían relaciones de sucesos en prosa, "noticias", "cartas" y otros folletos similares que difundían hechos contemporáneos de política, de comercio y, en definitiva, de lo que entendemos hoy como material periodístico. Pero no son estos pliegos sueltos de un periodismo *avant la lettre* lo que ahora nos interesa).

El texto era, pues, versificado, casi siempre en metro octosílabo y en forma de romance o de quintillas. Y esos textos narraban historias, añejas o contemporáneas, que giraban en torno a lo real o a lo ficticio: temas cronísticos, milagrosos, relatos de cautivos y renegados, noticias -también- de guerras y desastres naturales, burlas, chascos, "casos horribles y espantosos"... Cuando esta poesía de cordel comenzó su andadura, en los pliegos sueltos poéticos del siglo XVI, lo que se imprimía en ellos era, predominantemente, material del Romancero y del Cancionero. Pero, en el Barroco, se da cada vez una afición mayor a imprimir lo que se acaba de mencionar, entrando ya en terrenos cercanos al tremendismo; y además, vidas de santos, jácaras de la mala vida, historias "ejemplares" de bandidos y bandoleros de uno y otro sexo transformados en una especie de héroes y heroínas *al revés*. Juntamente con lo anterior, se imprime asimismo material cómico y burlesco, sátiras contra impopulares medidas del Estado, contra las mujeres; alabanzas de oficios, de animales, de ciudades, del tabaco... etc. Temas que forman un conjunto caótico, ya en su simple enumeración; pero conjunto muy rico para conocer cuáles eran los gustos colectivos del pueblo de la España barroca.

Toda esta poesía de cordel es una literatura de la calle cuya existencia y desarrollo obedece a una peculiar manera de asimilar elementos que provienen, a la vez, de la cultura popular y de la cultura letrada. La ausencia del elemento libro (el pliego no es un libro) da lugar a la sospecha de un desinterés casi absoluto respecto al mundo de la cultura letrada y oficial; pero la presencia paradójica de la letra impresa (el pliego es un impreso) deja ver las interrelaciones indudables entre dos mundos culturales que se atraen y se repelen de forma extraña pero evidente. Y el lugar de encuentro de esas dos culturas (de su intertextualidad se podría hablar) es la calle.

Los testimonios de la propia poesía de cordel así lo aseguran; por ejemplo, en la divertida narración que el Maestro León Marchante hizo de un *Viaje de unos bibliotecarios* (habría que entender *libreros* y, en este caso en sentido paródico, pues lo que van a vender no son libros, sino pliegos sueltos), y que se publicó en forma de pliego antes que el libro de sus *Obras poéticas* (solo

aparecidas después de su muerte), leemos:

Cuando llegó nuestro amo  
ya estaban puestas las tiendas,  
la una en Zocover,  
la otra junto a la iglesia.  
Empiezan a vender coplas  
*De la Zorra* y la Comedia  
"Quién engaña más a quién",  
y al que mejor se la pega;  
las *Hazañas de Ballejo*,  
de Estaremborg las proezas,  
si vendían a puñados,  
gastan a manos abiertas...

Estos versos y tantos otros como estos que se leen en los pliegos poéticos del siglo XVII resultan ser unas a modo de "marcas de poesía callejera" que no dejan lugar a las dudas:

Y de aquí por las calles  
vayan los ciegos  
a vender Villancicos  
del Nacimiento.

(Los villancicos también se imprimían y se vendían en forma de pliegos sueltos).

En un texto satírico que trasluce una preocupación grande por los problemas de la nación (es de la época de Carlos II) se lee al comienzo:

Perico el de Rengo,  
Marica la charra [...]  
ambos muy leídos  
en la *Silva varia*,  
de historias de patios,  
de anales de gradas,

que en el mentidero  
tienen su parada  
y echan en gacetas  
su leña y su paja...

Patios, gradas (las de la Iglesia-Convento de San Felipe el Real sobre todo), mentideros...; todos estos términos aluden de forma diáfana a lugares callejeros madrileños donde se vendía y se leía la literatura de cordel, en forma de gacetas, de cartas, noticias, de pliegos sueltos, poéticos o no. Otro pliego, un poco más tardía, pero síntoma también de iguales preocupaciones que el anterior es todavía más explícito y descriptivo, a través de una dramatización se transparenta en el mismo título:

*Coloquio que tuvieron un poeta, un soldado, un sordo y un ciego en las gradas de San Felipe.*

Ciego:

¡La nueva relación  
y la zarzuela,  
ya la *Carta de Luis Pérez*  
en títulos de comedias!

Soldado:

¡Válgate el diablo los ciegos  
que nos quiebran la cabeza  
vendiendo mil disparates  
y fantásticas ideas!  
Cebo de camaleones,  
que siempre la boca abierta  
viven haciendo alimento  
del aire de las quimeras.

Poeta:

Usted tiene raro ingenio;  
¿no conoce que deleitan  
las noticias y los versos,  
ya en las chanzas, ya en las veras  
a cualquiera hombre de gusto?

Soldado:

A mí, no, que reprueba  
estas satíricas coplas  
que en sustancia no aprovechan  
sino tan solo a los ciegos  
que hacen su agosto con ellas  
[...]

A mí tan sólo me gustan  
las historias verdaderas  
y los rumores del parche  
y la voz de las trompetas,  
no las voces de los versos,  
ni enredos de las gacetas.  
[...]

Ciego:

¡Tres romances diferentes  
y la segunda zarzuela,  
y la *Carta del Gallego*  
en títulos de comedias!

Soldado:

¡Oh, lleve el diablo las cartas,  
relaciones y comedias!

Sordo:

Para saber novedades  
comprar puede la *Gaceta*.

La escena costumbrista de este pliego (del que sólo se han citado algunos versos) remite con viveza a la realidad de la calle madrileña y de la literatura de cordel. Las Gradadas de San Felipe eran las del convento y templo dedicado a San Felipe el Apóstol, al comienzo de la calle Mayor (entre las actuales calles del Correo y de Esparteros), un cronista las describe así: "daban ingreso [al templo] unas espaciosas gradas con verjas, y debajo había unas tiendecillas que llamaban las *Covachuelas*". En ellas se vendían, en el siglo XVII, además de otras cosas, todas las variedades de pliegos sueltos y noticieros, en prosa y en verso, y era uno de los más famosos mentideros de la Villa y Corte. Constantemente nuestros escritores barrocos mencionan las gradas de San Felipe como el lugar que hervía de rumores y novedades, de compradores y lectores de "papeles", de mirones y ociosos.

Un escritor barroco y costumbrista, Francisco Santos, en su obra *Día y noche de Madrid* (1666), describe precisamente unas escenas vivísimas en las gradas de San Felipe (Discurso XI), y, entre ellas, destaca la discusión a palos de dos ciegos en la que uno de ellos dice al otro:

"Anda, hijo de la alcahueta a no poder más, que yo me vengaré de ti en la primera *relación* que salga que tengo que hacer que no te den *pliego* que vender".

En este ambiente es donde coloca el texto del pliego citado el lugar en que se reúnen los que venden, compran, leen, oyen y, en general, cuantos giraban de una forma u otra en torno a la poesía de cordel. El *Coloquio* menciona relaciones, composiciones en títulos de comedias, versos, coplas, romances; y también ciegos, chanzas, disparates, zarzuelas; y en el diálogo intervienen un soldado, un poeta, un ciego, un sordo. Reproduce un ambiente callejero, madrileño y -habrá que entrecomillar de nuevo- "poético". Porque nos habla de quién escribe, quién vende, quién compra, quién lee o quién escucha la poesía de cordel. Hay que ir por partes.

Los poetas de cordel son casi todos desconocidos. El autor de pliegos de cordel se mueve en el ámbito de un curioso anonimato que no está reñido con la constancia de numerosos nombres de autores en los mismo pliegos. Pero esos nombres emigran de una composición a otra, se confunden atribuciones y tan pronto encontramos a un Mateo de Brizuela como autor de *La renegada de Valladolid* que se transforma después en un simple Carlos García autor de la misma obra, para reaparecer casi un siglo más tarde como autor de otra nueva relación. Con los contados casos de la identificación segura de un Cristóbal Bravo o de un Benito Carrasco o un Melchor Horta -sólo

documentados, por otra parte, a través de varios pliegos conviven numerosos nombres anodinos e irrepetidos (es decir, que solamente aparecen en un pliego), y no sabemos si recubren a una persona concreta o es sólo el nombre utilizado por un impresor o por un ciego para dar carta de naturaleza a una composición poética sin autor conocido. La tendencia al anonimato es muy fuerte en esta poesía, como lo es, por otro lado, en todas las obras de la cultura popular.

Pero a veces el afán por reivindicar una autoría aparece testimoniada, aunque más se reclama por razones económicas que de propiedad intelectual (concepto este casi desconocido en la literatura del Barroco). En un largo y famoso pleito que enfrentó a los ciegos vendedores y a los impresores en Madrid durante los veinte últimos años del siglo XVII, uno de los puntos que más se discutió fue, precisamente, la identidad de los autores que reivindicaban para sí, de una parte, los que imprimían los pliegos y, de otra, quienes los vendían, puesto que quien consiguiera el reconocimiento de la autoría tendría más posibilidades de que el tribunal fallara en su favor.

Probablemente impresores y vendedores tenían y no tenían razón. Porque hay documentación que certifica la existencia de ciegos ("privados de la vista natural" indicaban ellos) que fueron autores de obras impresas en pliegos y también es cierto, aunque en menos ocasiones, que algún impresor o librero se dedicó a componer romance s y relaciones que él mismo imprimía en sus talleres. Lo que está probado sin duda es que la actividad de los ciegos se encaminaba primordialmente a la venta de este tipo de literatura. En este aspecto los testimonios son abrumadores y los textos citados hace un momento lo prueban. Pero los hay más claros todavía. En un pliego de villancicos fechado en 1673 se lee:

El ciego que, con trabajo,  
canta coplas por la calle,  
por alegrar hoy la fiesta  
es ciego a Nativitate.

Oyganle, que ya viene cantando,  
y canta del cielo de texas abaxo.

Ciego:

Relación en que se prueba  
vida, milagros y edad  
de la santa Navidad;

Llévenla, que es historia muy nueva

[...]

Un ciego soy, que la historia  
de un tierno niño que nace  
vengo a cantar por su gloria,  
y el estar a oscuras me haze  
que la diga de memoria...

Fácilmente se percibe en estos versos una curiosa "divinización" de unos hechos y unas costumbres conocidas por todos los que oían o leían estos villancicos. Y la "vuelta a lo divino" -lo mismo que la parodia o todo lo que suponga manipular hechos o textos preexistentes- siempre es prueba de la difusión y popularidad de lo divinizado. En este caso, el ciego cantando o salmodiando los títulos de los pliegos que vendían y también el texto de las obras impresas en ellos. El tono de esta salmodia no se conoce con precisión, pero se puede adivinar con bastante seguridad a partir de viejas melodías populares. Incluso las comas que se introducen en los títulos, vengan o no a cuento, servían probablemente para marcar las pausas que ayudaban a subrayar las frases:

Relación verdadera, ---del feliz suceso que Dios hadado,---al señor Almirante de Castilla, --- y demás Señores de España, ---en el socorro y defensa, ---de Fuenterrabía; --- y de la salida que hizo su Magestad, --- a nuestra Señora de Atocha, ---en agradecimiento de la feliz nueva. ---Con otro Romance,--- alabando el valor de las vizcainas...".

Los que compran estos pliegos son todos los componentes de aquella abigarrada multitud que caminaba o, mejor, paseaba (la ociosidad era abundante dadas las condiciones sociales de la época) por las calles del Madrid de los Austrias. Todos sabían dónde se vendían los pliegos de cordel, porque, aparte de en las Gradass de San Felipe y otros lugares en que los ciegos vendedores se amontonaban, los mismos impresores tenían, además de sus propios talleres-tiendas, lo que llamaban *cajones*, es decir puestos de venta callejera colocados en diversos puntos de la ciudad y, como reclamo publicitario, lo indicaban con frecuencia en el mismo pliego: "Véndese en la Esquina del Colegio de Atocha, enfrente de la Aduana"; "Hallarásese en casa de Francisco Lasso, Mercader de libros, enfrente de las Gradass de San Felipe; y en [su cajón de] el Patio de Palacio". (Las losas o patio de Palacio era otro de los mentideros más conocidos y frecuentados de Madrid).

A estos puestos y a los ciegos que callejeaban cargados con su mercancía, se acercaban los compradores que no eran solo ni necesariamente aquellos que sabían leer. La condición de analfabetos no impedía a nadie una peculiar lectura de estos pliegos. Además del fenómeno tan



frecuente y conocido de la lectura colectiva, los pliegos sueltos, por medio de grabados y del recitado en voz alta del vendedor, podían ser *leídos* por cualquiera que se acercara al puesto de venta; y después era frecuente que la mayoría se animase a comprarlos. Un pliego poético noticiero de 1616 dice así en el título:

"Relación verdadera de la famosa y rica presa que han hecho las galeras del Duque de Florencia en Levante, tomando dos galeras reales de moros cargadas de muchos tesoros [...], con otras cosas memorables, las cuales podrán *ver y oír* en el *discurso* de la dicha Relación..."

Este pliego, como se podrá suponer, lleva un grabado en el que aparecen en el mar dos galeras grandes y otra más pequeña, al fondo, de la que sólo se ve la proa. De esta forma, la poesía de cordel entraba materialmente por los sentidos del oído y de la vista sin que fuera necesario saber leer; y, si se compraba, el tacto -que tanto papel juega en el placer que proporciona comprar libros- también intervenía. Aunque, naturalmente, esta literatura era también efímera en su aspecto material, pues cuatro hojas endebles de mal papel poco iban a durar. Esta es una más de las razones de la casi inexistencia de los pliegos sueltos en los inventarios de las bibliotecas del siglo XVII que tantos datos aportan sobre los problemas de lectura y alfabetización. Pero en cualquier caso los compradores de poesía de cordel leían a su manera y disfrutaban con los textos que luego podían memorizar y transmitir por vía oral.

La oralidad está también presente en el mundo de los pliegos sueltos porque si, como dice Walter Ong, "la escritura nunca puede prescindir de la oralidad", esta última, a la altura de los siglos XVI y XVII, tampoco puede dejar a un lado la ya invasora presencia de la letra escrita e impresa. Es muy claro el proceso de intertextualidad entre la letra y la voz que encontramos en estos textos, y recursos que provienen de ambos campos aparecen de manera constante en la literatura de cordel y en las historias que ella nos cuenta.

Porque esta poesía de la calle tiene sus recursos literarios y sus fines, y uno de los principales es el deseo de narrar, de contar algo, para transmitir noticias, sátiras, protestas, admiraciones. Y, como bien se conoce, una de las más evidentes marcas de oralidad es la voluntad y el arte de narrar. Una vez más se percibe la interrelación entre lo que sería posible llamar las "marcas callejeras" y las "marcas de oralidad" que, de nuevo, hacen ver las diferencias entre la forma-libro y la forma-pliego de cordel. El libro se disfruta en la casa, en la librería (nombre más habitual en el siglo XVII para designar la biblioteca particular); el pliego se disfruta y se consume en la calle. Al hablar de consumir se está apuntando a la evolución de esta literatura hacia lo que se conoce con el nombre de "literatura de masas". Todavía no lo es en el siglo XVII (faltan mayores índices de alfabetización), pero está muy cerca.

En la calle compraban también los pliegos aquellas personas dotadas de cultura pero curiosas de los fenómenos populares. Hay datos de cultos coleccionistas del mismo siglo barroco que reunieron interesantes colecciones de pliegos sueltos comprándolos directamente en las calles de Madrid, o de Barcelona, o de Sevilla. Un viajero inglés y personaje curiosísimo, Samuel Pepys, reunió una excelente colección de pliegos sueltos durante su estancia en Sevilla hacia 1675, y los compró por las calles. La calle era, entonces, el reino de lo popular, a veces de lo transgresor y esto se trasluce a la perfección en los textos de poesía de cordel, no tan mediatizada ni manipulada por las capas superiores de la sociedad y de la alta cultura como se ha creído. Al menos, no tan constantemente. De ahí esas vidas picarescas, o más decididamente maleantes, que se cuentan en verso; las bodas y testamentos burlescos de bailes prohibidos por la autoridad, como las de la *Chacona* con el *Codillo*, o el de la tan acusada *Zarabanda*; los relatos de la *Vida de la galera*, o la del *estudiante pobre* que, avisan, indudablemente, pero también dejan percibir matices de nostalgia. Aficiones risueñas de un público con un gusto literario que es melodramático hasta el llanto, por un lado (relatos de crímenes, de ejecuciones...), y proclive por otro a la burla que provoca la carcajada (alabanzas de animales, relatos de chascos...) Parece así que la literatura de cordel se dirige de forma primordial, aunque no exclusiva, al pueblo, y expresa su mentalidad al mismo tiempo que confirma y modela sus gustos y tal vez su corazón y su espíritu.

En esta misma poesía callejera, finalmente, se encuentran con muchísima frecuencia descripciones y alusiones concretas a la calle como motivo literario o poético. Las calles de Madrid ofrecían un espectáculo tan festivo, tan alegre y (se diría hoy) tan barroco que era imposible no publicar pliegos como el que describe:

"Los altares, colgaduras, adornos y aseos que a instancia de la Coronada Villa de Madrid, fabricaron las Religiones, y devotos afectos de diferentes personas en las calles y plazas por donde pasó la insigne Proceßión, que se celebró el Domingo en la tarde, a 14 de junio de 1671, a honor del Santo Rey Don Fernando, asistiendo a verla sus Magestades de su Real Balcón de la Plaza Mayor".

O la "Relación y carta verdadera del Caballo [estatua ecuestre] que estaba en el Real Retiro, escrita al que está en la Casa del Campo, dándole cuenta cómo le llevan a Palacio, en primero de abril de este año de 1675, con otras curiosidades que verá el curioso Lector".

En esta carta versificada se menciona, además del Retiro, el Paseo del Prado, San Jerónimo, la Plazuela de Antón Martín, los Caños del Peral (hoy Plaza de Isabel II), el Patio de Palacio.

Para terminar -porque en algún punto ha de ponerse punto final a un tema tan amplio-, como

remate de un pliego de 1640 se imprimió una "Xácara de la despedida que hizo un hijo de vecino de madrid". Independientemente de que haya sido quizá en su origen una loa teatral -cosa que mostraría una vez más la condición *fronteriza* de la poesía de cordel en el terreno de los géneros-, se ve en esta "Xácara" una muestra más de poesía de la calle y sobre las calles. Estos son algunos de sus versos:

Adiós, famoso Madrid,  
adiós, mi querida patria,  
que el ausentarme de ti  
lo siento mucho en el alma

[...]

Adiós la Casa del Campo,  
adiós puente Segoviana,  
adiós el Palacio Real.  
de Emperadores Alcázar  
Adiós la Plaza Mayor  
en todo el mundo nombrada,  
con tu real Panadería,  
balcones, rexas doradas.

[...]

Adiós calle del Espejo,  
adiós calle del Abada,  
adiós la del Arenal,  
adiós la Mayor que llaman;  
adiós la de las Carretas,  
la de la Cruz y la Parra.  
Adiós la Puerta del Sol  
y calle de las Infantas.  
Adiós puerta de la Vega,  
plazuela de la Cebada,  
adiós la de Antón Martín,  
la del Ángel de la Guarda.

[...]

Adiós calle de Alcalá,  
adiós calle Toledana,  
adiós la calle de Atocha...

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Biblioteca Nacional - RUIZ DE ELVIRA, I.(coord.): *Catálogo de Villancicos de la Biblioteca Nacional (siglo XVII)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1992.
- CAPMANI Y MONTPALAU, Antonio: *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid* (1863), Edición facsímil, Madrid, 1986.
- DELEITO Y PIÑUELA, José: *Solo Madrid es Corte (La capital de dos mundos bajo Felipe IV)*, Madrid, Espasa Calpe, 1968.
- ESPEJO, Cristóbal: "Pleito entre ciegos e impresores (1680-1755)", *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo*, II (1925), pp. 206-236.
- FERNÁNDEZ VALLADARES, Mercedes: *Catálogo bibliográfico y estudio literario de la sátira política popular madrileña (1690-1788)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1987
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz: *Catálogo de los pliegos poéticos españoles del siglo XVII en el British Museum de Londres*, Pisa, Giardini Ed., 1977
- LEÓN MARCHANTE, Manuel de: *Obras poéticas póstumas*, Madrid, 1722
- MARCO, Joaquín: *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX (Una aproximación a los pliegos de cordel)*, Madrid, Taurus, 1977, 2 vols.
- ONG, Walter J.: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- SANTOS, Francisco: *Día y noche de Madrid*, (1666), Madrid, "Clásicos madrileños", Comunidad de Madrid, 1992.
- SIMÓN DÍAZ, José (ed.): *Relaciones de Actos públicos celebrados en Madrid (1541-1650)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982.
- WILSON, Edward: "Samuel Pepy's Chap-books", *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society*, II, III (1955, 1956, 1957).